

—¡No es posible! exclamó el juez fuera de sí.

—Vaya si lo es! . . . Pregunte usted á Su Excelencia.

Herveder se convenció de que había acusado injustamente á dos hombres y á dos mujeres. Pero, como medida de precaución, telegrafió al barón de Saraglay, el cual afirmó las aseveraciones de Juliana Czato.

El juez puso en libertad á los acusados, y dijo para sí:

—¡Mi sistema no falla nunca! Gracias á la busca y captura de esa mujer, en seguida he puesto en claro el robo misterioso de la línea de Agrad.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

## El primer premio.

(De J. d' Esparves).

### I.

Los pobres cultivan la alegría. Alina no se había reído en su vida tanto como aquella mañana.

—¿Es posible, le dijo una anciana que estaba á su lado, que estés tan alegre una hora antes de asistir á tu concurso?

La muchacha lanzó una carcajada y contestó:

—Pero, abuelita, ¿quieres que ante el jurado me presente con cara de pocos amigos? ¿Qué pensaría la reina del concurso, la rosa natural que nos van á hacer pintar, si me presentara ante ella con el rostro melancólico y abatido?

Era Alina una muchacha encantadora que acababa de cumplir 17 años, y regenteaba en un pueblo una escuela de niñas.

El certamen á que debía concurrir, era la última buena obra de un pintor, muerto sin gloria hacía poco tiempo. Al establecer un premio de 3,000 francos para las jóvenes mayores de quince años, que hubiesen cumplido los veinticinco y pintasen mejor un paisaje,

un fruto ó una flor, el generoso artista legaba á sus compatriotas, ya que no buenos cuadros, un recuerdo de amor al arte.

Era aquel el primer año en que se celebraba un concurso, que debía ser presidido por un miembro del Instituto de París. Habíanse presentado cincuenta pretendientes, que debían copiar una rosa.

—¡Ah! exclamó la abuela de Alina: ¡Si tu padre no hubiese sido tan derrochador, no tendrías necesidad de trabajar para ganarte la subsistencia, ni te verías en el caso de acudir á ese certamen! . . .

—¡Cómo ha de ser, abuelita! . . .

—Pero no te rías de ese modo.

—Me pondré seria cuando me ponga á pintar y comparezca ante el jurado.

—Vamos, dame un beso, y vete. Ya ha llegado la hora de dar comienzo á tu trabajo.

La artista cogió su caja de pintura y salió de la habitación, en la que se quedó sola la Sra. de Colainville.

La anciana se sentó en un sofá, y dijo para sí:

—No creo que sea eso muy difícil de pintar. ¡Ah! ¡Si esa chica ganara el premio de tres mil francos! . . . ¡Podríamos decir que una rosa había salvado de la miseria á dos mujeres! . . .

Al cabo de un rato durmióse la abuela, habiendo durado su sueño más de tres horas.

## II.

Cuando regresó Alina, la infeliz no pudo ocultar la tristeza de que se hallaba poseída.

—¿No estás satisfecha de tu trabajo? le preguntó la anciana.

—Creo que no obtendré el premio. El modelo, sin embargo, es hermosísimo: una rosa de Dijon, verdaderamente admirable. Me parece que la he copiado bien; pero el inspector ha pasado tres veces cerca de mí sin detener-

se. Tenía yo el número 9, que no llamó su atención; al paso que se detuvo con frecuencia para admirar otros cuadros, sobre todo el correspondiente al número 34. Crea usted, abuelita, que me dieron ganas de llorar.

—Siéntate, hija mía, dijo la Sra. de Colainville, y comamos tranquilamente. Te he hecho un plato que te va á gustar muchísimo. Y no te apures, Alina: ese inspector es un majadero que no sabe lo que se pesca. ¡Tengo ganas de conocerlo! . . .

—Cuando terminaba mi cuadro, dijo la artista, otros caballeros pasaron también por mi lado, y ninguno de ellos se detuvo ante mi rosa. Crea usted, abuelita, que hasta detesto el número 9. Indudablemente no tengo talento para la pintura.

—¡Come, niña, come y no llores! Tengo la seguridad de que te llevarás el primer premio, porque tu rosa será la mejor de todas. Con tres mil francos compraremos provisiones para el invierno, y, á consecuencia de tu triunfo, seremos ricas, porque constituirás la gloria más pura del país que te vió nacer, y ganarás mucho dinero dando lecciones y enviando cuadros á París. ¿Sabes los nombres de los individuos que componen el jurado?

—El presidente es Carolus Durán, pero tiene demasiada importancia, y no vendrá. Los vocales son, el Sr. de Baronel, el Sr. Saint-Felu, el Sr. Prades, el horticultor, y el registrador de la propiedad, Sr. Lambeye.

—Iré á verles.

—¡No, por Dios, abuelita! . . .

—Es que mañana se reunirá el jurado para otorgar el premio . . .

—No lo crea usted . . . Ya sé quién lo obtendrá. Una rosa pálida y enfermiza que, al parecer, es la que más gusta á esos señores. La ha pintado una de Figeac, la tercera en fila, colocada á mi izquierda. El Sr. de Saint-Felu ha elogiado mucho su trabajo.

—Cuando vea tu número 9, el Sr. de Saint-

Felu aplaudirá tu obra. Pero vámonos á la cama, hija mía, que ya es tarde, y mañana tenemos que levantarnos temprano.

Y la abuela y la nieta se fueron á acostar.

### III.

A día siguiente, á las diez de la mañana, en una sala de la alcaldía, cuyas ventanas estaban abiertas de par en par, hallábase reunido el jurado ante los cincuenta cuadros presentados. Procedíase por eliminación, y desde luego fueron rechazados quince lienzos. Otros veinte corrieron la misma suerte, después de haber sido examinados detenidamente. Quedaban quince, de los cuales, primero fueron retirados siete y después cinco.

Las tres rosas restantes eran todas hermosísimas y ostentaban su belleza en sus correspondientes caballetes.

El jurado estaba perplejo.

—Yo, dijo el registrador de la propiedad, creo que si Carolus Durán estuviera aquí, votaría por el núm. 22.

—Hay algunas faltas de dibujo, exclamó el Sr. Baronel. El 9 tiene una factura demasiado sobria, demasiado sencilla, y está ejecutada con demasiada naturalidad. El 18 es más pintoresco, y, por tanto, voto por el número 18.

—Todos esos cuadros son admirables, dijo el Sr. Saint-Félu, y creo que habrá que hacer lo siguiente: suprimir el primer premio, y otorgar dos segundos y un tercero.

En aquel momento entró en la sala, por una de las ventanas, una mariposa blanca, que corrió á ponerse sobre una de las tres rosas, y quedó aprisionada en la pintura, fresca todavía.

—Yo, exclamó el horticultor levantándose, daría el premio al número 9!

Y, con efecto, lo obtuvo el número 9, pues nadie se atrevió á rechazar el fallo del insecto.

—La gloria y tres mil francos, dijo la abue-

la á su nieta, los debes á las alas de una mariposa.

Alina pidió á los miembros del jurado, que le permitiesen libertar á su bienhechora; pero cuando la separó del lienzo, estaba muerta.

La artista victoriosa, la conserva en un medallón que pende de una pulsera que constantemente lleva puesta, y se acuerda de su mariposa siempre que empieza á pintar.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
INDO. 1625 MONTERREY, MEXICO



## EL LUIS DE ORO.

(De François Coppée.)

Cuando Luciano de Hem vió su último billete de cien francos atrapado por el rastrillo del banquero y se levantó de la mesa de ruleta en donde acababa de perder los restos de su pequeña fortuna, reunidos por él para esa suprema batalla, sintió como un vértigo y creyó que iba á caer.

Con la cabeza turbada y las piernas flojas, fué á echarse sobre la ancha banca de cuero que rodeaba la sala de juego. Durante algunos minutos, miró vagamente el garito clandestino que le había robado los más bellos años de su juventud, reconoció las cabezas estragadas de los jugadores alumbradas por las tres grandes pantallas, y escuchó el ligero frote del oro sobre la mesa, pensó que estaba arruinado, perdido. Recordó entonces que tenía en su casa, en el cajón de una cómoda, las pistolas de ordenanza de que su padre, el General de Hem, entonces simple Capitán, se había servido tan bien en al ataque de Zatcha; luego, rendido de fatiga, se durmió con un sueño profundo.

Cuando despertó, con la boca pastosa, com-

probó por una mirada dirigida al reloj, que apenas había dormido media hora, y sintió una imperiosa necesidad de respirar el aire de la noche. Las manecillas marcaban en el cuadrante las doce menos cuarto. Al levantarse y estirar los brazos, Luciano recordó entonces que era la víspera de Navidad, y por un juego irónico de la memoria, se vió de repente cuando era niño y poniendo, antes de acostarse, sus zapatos en la chimenea.

En ese momento el viejo Dronsky—el polaco clásico, siempre constante en el garito, con el gabán raído pero adornado todo de cordones y flores de lis—se acercó á Luciano, y en extraña jerigonza tartamudeó estas palabras:

—Prestadme una moneda de cinco francos, señor. Hace dos días que no me muevo del Casino, y desde hace dos días el diez y siete no ha salido . . . Burlaos de mí si queréis; pero me dejaría cortar la mano, si dentro de un momento, al sonar la media noche, el número no sale.

Luciano de Hem alzó los hombros; ni siquiera tenía en su bolsillo con qué pagar ese impuesto que los parroquianos del lugar llamaban «los cien céntimos del polaco». Pasó á la antecámara, tomó su sombrero y su abrigo, y bajó la escalera con la violencia de las gentes que tienen fiebre.

Luciano, hacía ya cuatro horas, había estado encerrado en el garito. La nieve, entre tanto, había caído en abundancia, y la calle—una calle del centro de París, bastante estrecha y con altas casas á ambos lados,—estaba blanca. En el cielo, de un azul negro, las frías estrellas centellaban.

El jugador arruinado tiritó bajo su piel y se puso á andar, dando siempre vueltas en su imaginación á los pensamientos de desesperación y pensando más que nunca en la caja de pistolas que le esperaba en el cajón de su cómoda; pero después de dar algunos pasos, se

detuvo bruscamente ante un espectáculo desgarrador.

Sobre una banca de piedra, colocada, según la moda de otro tiempo, cerca de la puerta monumental de un Hotel, una niña de 6 á 7 años, apenas cubierta con un vestido negro hecho girones, estaba sentada sobre la nieve. Se había dormido allí, á pesar del frío cruel, en una actitud espantosa de fatiga y de abatimiento, y su melancólica cabecita y su hombro delica lo estaban como desplomados en la pared, descansando sobre la piedra helada. Una de las babuchas que á la niña servían de calzado, se había desprendido de su pie que colgaba, y yacía lúgubrementemente delante de ella.

Luciano de Hem llevó maquinalmente la mano á su bolsillo; no halló lo que buscaba, y recordó que momentos antes ni siquiera había encontrado una moneda de 20 céntimos, quizá olvidada, ni al mozo del Círculo pudo darle la propina de costumbre. Impelido, sin embargo, por un sentimiento de piedad, se acercó á la chiclea, é iba tal vez á llevarla en sus brazos para darle asilo en esa noche, cuando, dentro de la babucha caída sobre la nieve, vió algo que brillaba.

Se inclinó . . .

¡Era un luis de oro! . . .

Alguna persona caritativa, aristocrática sin duda, al pasar por allí, en esa noche de Navidad, había visto la babucha ante la niña dormida, y recordando la antigua y conmovedora leyenda, dejó caer, con mano discreta, aquella magnífica limosna, para que la pequeña abandonada creyera aún en los regalos del Niño Jesús, y conservara, á pesar de su desgracia, su confianza y su esperanza en la bondad de la Santa Providencia.

¡Un luis! . . . Eran varios días de descanso y de riqueza para la pequeña mendiga. Luciano estaba ya á punto de despertarla para decirselo, cuando oyó cerca de su oído, como una alucinación, una voz —la voz del Polaco, con

su acento penetrante y ronco— que murmuraba muy bajo estas palabras:

— ‘Hace dos días que no me muevo del Casino, y desde hace dos días no ha salido el diez y siete . . . Me dejaría cortar la mano si dentro de un momento, al sonar las doce, no sale ese número.’

Entonces aquel joven de 23 años, que descendía de una raza de gentes honradas, que tenía un soberbio nombre militar, concibió un pensamiento espantoso, fué presa de un deseo monstruoso, histérico, criminal. Con la mirada se aseguró de que estaba solo en la desierta calle, y, doblando la rodilla, avanzando con precaución su mano que temblaba . . . probó el luis de oro que brillaba como un sol en el zapatito caído! . . . Luego, corriendo con todas sus fuerzas, volvió á la casa de juego, empujó la puerta de la sala maldita, y penetró en el momento en que el reloj sonaba la primera campanada de media noche; puso, inmediatamente, la moneda de oro sobre el tapete verde, y gritó:

—Apuesto al diez y siete! . . .

El diez y siete ganó.

Con el dorso de la mano, Luciano llevó los treinta luses hasta dejarlos sobre el rojo.

El rojo ganó.

Dejó los sesenta y dos luses sobre el mismo color . . . El rojo salió de nuevo.

Hizo aún la apuesta dos veces, tres veces, siempre con la misma suerte. Ahora tenía delante de él un montón de oro y de billetes, que con verdadero frenesí los seguía poniendo en el tapete. La *di ceno*, la *columna*, el *número*, todas las combinaciones le salían. Era una suerte inaudita, colosal . . . Parecía que la bolita de marfil, saltando en las casillas de la ruleta, estaba magnetizada, fascinada por la mirada de aquel jugador y le obedecía.

En unos diez ó quince golpes había Luciano recobrado los miserables billetes de mil francos, sus últimos recursos, que había perdido al

principio de la noche. Ahora, apuntando 200 ó 300 luises de un golpe, y servido á la vez por su suerte extraordinaria, fantástica, pronto ganaría mucho más, y aún recobraría el capital hereditario que había tirado en tan pocos años, reconstituyendo su fortuna.

En su prisa por ponerse al juego, no se había quitado su pesado abrigo; ya había llenado los grandes bolsillos de éste, de rollos de billetes de Banco y de paquetes de monedas de oro; y no sabiendo ya dónde amontonar su ganancia, llenaba de monedas y de papel los bolsillos interiores y exteriores de la levita, los bolsillos del chaleco y del pantalón, su puera, su pañuelo, todo lo que podía servir de recipiente.

Y seguía jugando como un hombre ebrio, furioso; y seguía ganando, ganando siempre, y arrojaba puñados de luises en el tapete, en el cuadro, pero al azar, con un ademán de certeza y de desdén.

Pero tenía como un hierro candente en el corazón, pensando sólo en la pequeña mendiga dormida en la nieve, en la infeliz pequeñita á quien había robado.

—¡Pobrecilla! murmuraba interiormente, con la voz de su ternura y de su conciencia: ¡Quizás estará aún en el mismo lugar! . . . ¡Sí, debe estar ahí todavía! . . . Dentro de un momento . . . sí, cuando dé la una . . . ¡me lo juro! . . . saldré de aquí, iré, la levantaré en mis brazos, la llevaré á mi casa, la acostaré en mi cama, y . . . la educaré, la dotaré, la amaré como si fuera hija mía, cuidaré de ella siempre, siempre! . . .

Pero el reloj dió la una . . . y el cuarto . . . y la media . . . y los tres cuartos . . . y Luciano estaba siempre ante la mesa infernal. En fin, un minuto antes de las dos de la mañana, el jefe de la partida se levantó bruscamente, y dijo en voz alta

—¡La banca ha saltado, señores! . . . ¡Basta por hoy! . . .

De un brinco Luciano se puso en pie.

Apartando con brutalidad á los jugadores que le rodeaban, mirándole con una envidiosa admiración, salió vivamente, bajó á saltos las escaleras y corrió hasta la calle. De lejos, á la luz de un mechero de gas, vió á la chiquilla.

—¡Alabado sea Dios! exclamó: ¡Todavía está ahí! . . .

Llegó . . . se acercó á ella y le tomó una mano.

—¡Oh, qué frío tiene! . . . ¡Pobrecita! . . .

La tomó por debajo de los brazos y la levantó para llevarla. La cabeza de la niña cayó hacia atrás sin que se despertase.

—¡Cómo se duerme á esta edad! murmuró mentalmente.

La apretó contra su pecho para calentarla; mas sobrecogido de súbito de una vaga inquietud, quiso, para sacarla de tan pesado sueño, besarla en los ojos, como lo había hecho tantas veces, hacía mucho tiempo, con una hermanita suya, pequeñita aún.

Pero entonces notó con terror que los párpados de la niña estaban entreabiertos y dejaban ver á medias las pupilas vidriosas, apagadas, inmóviles.

Una horrible sospecha cruzó entonces por su cerebro. Acercando su boca á la boca de la niña, esperó unos momentos . . .

¡Ningún soplo salió de aquellos labios pequeñitos, pálidos, entreabiertos! . . .

¡Mientras que con el Luis de oro que había robado á la pequeña mendiga, Luciano ganaba en el juego una fortuna, la niña, la pobre niña sin asilo, había muerto, muerto de frío! . . .

Oprimida la garganta por la más espantosa de las angustias, Luciano quiso arrojar un grito . . . y en el esfuerzo que hizo, despertó de su pesadilla, en la banca del Círculo, sobre la que se había dormido un poco antes de media noche, y en donde el mozo del garito, habiendo sido el último que salió á las cinco

de la mañana, lo había dejado tranquilo, por bondad de alma, por caridad, por misericordia para el arruinado.

Una brumosa aurora de diciembre, hacia palidecer los vidrios de las ventanas.

Luciano salió, empuñó su reloj, tomó un baño, y después . . . fué á la oficina de reclutamiento á firmar una obligación voluntaria en el 1er. Regimiento de «Azadores de Africa».

\* \* \*

Luciano de Hem es hoy Teniente. Para vivir, cuenta únicamente con su sueldo, del que gasta sólo lo necesario, siendo un oficial modelo de buenas costumbres, que jamás juega. Hasta parece que ha podido hacer algunas economías; porque un día, no hace todavía un mes, en Argel, uno de sus camaradas, que lo seguía á algunos pasos de distancia, en una calle quebrada de la Kasba, lo vió dar limosna á una pequeña niña española que estaba dormida al pie de una puerta, y tuvo la indiscreción de mirar lo que Luciano había dado á la pequeña. El curioso quedó muy sorprendido de la generosidad del pobre Teniente . . .

¡Luciano de Hem había puesto un luis de oro en la mano de la pobre niña! . . .



FRAGMENTO DE UN CAPITULO

DE

“CROQUIS y PARADOJAS”

de Théophile Gautier.

El tiempo está hermoso. Algunas nubes que empañaban la pureza del cielo, fueron desvanecidas por la brisa de la noche. La senda, sube, desciende, se inclina aquí y allá, caprichosa como una mujer envanecida de su hermosura. Frondosos y corpulentos árboles proyectan fantásticas sombras sobre el camino, en el que no penetran los caballos sino estremeciéndose. La luna se ha elevado rodeada de un halo blanquecino. Nuestras cabalgaduras parece que arrojan humo por las fosas nasales, y avanzamos, al fin, en una nube, como los dioses de Virgilio.

Acabamos de pasar cerca de una linda casita, medio escondida entre aquella rica vegetación. Una sola ventana brilla en la semi-oculta fachada. Una lámpara, colocada cerca de la blanca cortina de la ventana, diseña una vaga silueta, la de alguien que lee ó que trabaja. ¿Es un hombre ó una mujer? . . .

No puedo distinguir, y siento yo no sé qué deseos de bajar del carruaje, llamar á la puer-

ta de aquella casa, y quedarme en ella por todos los días que me restan de vida . . . ¡Qué bien estaría allí! . . . El sitio es encantador, y siento ya un misterioso afecto por la persona cuya sombra acabo de percibir . . . .

Quizás allí me espera la felicidad . . . Mañana, esa ventana se abrirá á los perfumes y esplendores del alba; una cabeza rubia, de aureos rizos de seda, aparecerá en medio de un cuadro de rico follaje, formado por las guirnaldas de la vid silvestre . . . .

Y bien, corazón mío, ¿qué es lo que pasa en tí? . . . ¿Tan fácil eres, pues, á las quimeras? . . . .

¡Qué extraña cosa es el mundo!

Yo he pasado muchos días de mi vida al lado de personas que no podía sufrir, y que el azar de las circunstancias hizo cruzar por mi camino; y en esa casa, ante la cual paso, quizás para no volver á verla nunca, pienso que que puedo encontrar la felicidad de mi alma! . . . .

Miro hacia el camino, que tuerce hacia un lado, y ¡ay! siento húmedos los ojos . . . .

Vamos, pobre soñador, consuélate, sigue adelante . . . Quizás no existe la mágica visión de tus ensueños! . . . .

FIN

## INDICE.

	Páginas.
Los ciegos de Chamouny . . . . .	3
La ahijada . . . . .	34
Condenada . . . . .	40
La flor bretona . . . . .	54
La ducha . . . . .	67
El mal zuavo . . . . .	75
El primer luto . . . . .	81
La muerte del Delfín . . . . .	85
El progreso . . . . .	89
El niño de los zapatos de pan . . . . .	93
Sacrificio y . . . recompensa . . . . .	103
Los zapatos de Benedetta . . . . .	118
El Subprefecto en los campos . . . . .	130
Un robo misterioso . . . . .	135
El primer premio . . . . .	141
El luis de oro . . . . .	146
Fragmento . . . . .	153